

Fiebre de Orquídeas

Una historia hortícola de amor, anhelo y locura

por: Eric Jansen

Traducción: Jesús Choy Ley



Paphiopedilum sanderianum

Capítulo 1

Viaje a Fire Mountain

Paphiopedilum sanderianum

Hay algo distintivo cuando se observa y escucha el sonido de un ser humano caminar por la jungla. El gemido jadeante, los brazos y piernas agitándose a diestra y siniestra abanicando el aire, el sonido al apartar las hojas, al quebrar las ramas, y el repulsivo sonido sordo, seguido de un silencio intranquilo. Escuchando ese silencio, reflexioné cuán desagradable puede ser la actividad de coleccionar plantas.

Pequeños pedazos de detritos caen continuamente de los árboles y se puede distinguir un lánguido penacho de polvo cautivo en un rayo de sol, que indicaba por qué terrenos habíamos pasado. Un arbolillo cercano se balanceaba de atrás hacia delante por algún tiempo, después se calmaba. En la distancia, oscurecida por el vapor, se veía una maraña de árboles, plantas trepadoras leñosas, una cigarra comenzaba su llamado chillante. Súbitamente la jungla se sintió más cerrada y menos amigable que hacía unos momentos atrás. El sudor go-

teaba de mi barbilla, y contuve la respiración para frenar mi creciente sentimiento de pánico. Entonces oí el primer gemido de dolor, y toda percepción de tiempo y de miedo se borraron.

Ese día, temprano, habíamos entrado a la jungla de Borneo en busca de orquídeas silvestres. La niebla apenas estaba subiendo y el coro de aves se estaba desvaneciendo como Tiong, un colector de plantas del gobierno, y dos de sus ayudantes hicieron una pausa para descansar en la base de un risco calcáreo para quemar varillas de incienso así como para ofrecer ofrendas chinas piadosas. Estas ofrendas eran para aplacar a los espíritus del mundo antes de comenzar la subida. Todo comenzó bien, pero cerca del mediodía los espíritus de la montaña respondieron a nuestra presencia. Tiong estaba cerca de la parte alta de un árbol cuando alcanzó a agarrarse de un hoyo donde estaba una víbora Wrangler durmiendo en una rama. En momentos, mi guía y protector fue lanzado al espacio con dos marcas de colmillo en el dorso de su mano. No encontramos las orquídeas que estábamos buscando, y pasamos el resto del tiempo tratando de sacar a Tiong de la montaña. Tiong vivió, pero después de esa experiencia, sentí que no volvería a participar en ningún otro viaje en búsqueda de orquídeas.

Mi viaje con Tiong fue parte de un plan trazado para construir un vivero de plantas río arriba para un grupo de indígenas conocidos como los Penan. Los miembros de esa tribu me ayudaron a atravesar la isla de Borneo en 1982 durante largos 6 meses, 1500 millas de viaje a través del país. En ese tiempo, muchos de los Penan eran aún cazadores y recolectores nómadas, y viajé con ellos para experimentar un modo de vida que ya está desapareciendo. El viaje por poco me cuesta la vida, pero al final regresé a casa y escribí mi primer libro: "*Stranger in the Forest*" ("Un Extraño en la Jungla"). Durante ese horrendo viaje, los Penan me enseñaron a sobrevivir, pero lo más importante, me enseñaron una diferente manera de ser, y mi vida no ha sido la misma desde entonces. Por muchos años he sentido que tengo una deuda de gratitud muy grande con ese pueblo. Hoy, muchos Penan se han establecido en remotas villas. Ellos no son agricultores, y sin una lengua o habilidades para los negocios, no tienen como establecerse y trabajan como trabajadores migrantes en la tala forestal o en las compañías mineras. Ellos tienen gran experiencia como colectores de productos de la jungla y esto me grabó un pensamiento. Los años se fueron, pero eventualmente me regresa la idea de un pequeño vivero comercial lleno con exóticas plantas de la jungla salvadas de las concesiones para la tala forestal, pueden ser una solución financiera para ellos.

El único problema fue que nunca supe acerca de cómo comenzar o mantener un vivero, y no sabía que plantas podían ser de interés hortícola, o cuales especies eran valiosas. También no tenía idea que los reglamentos internacionales prohíben tal aventura. Continué pensando acerca de la idea del vivero en la villa, hasta que alcanzamos la cima de la montaña con Tiong. Yo quería que me enseñara el fino arte de coleccionar orquídeas silvestres y otras plantas. Al final, Tiong fue al hospital, donde le pusieron un respirador, y yo regresé a casa para pensar un esquema para mi vivero en la villa.

Seis meses después, recibí una carta de Richard Baskin, un cultivador de orquídeas en Minneapolis. Yo no tenía idea de quién era, pero un amigo le dijo que yo conocía todo acerca del viaje río arriba en Borneo. Richard quería saber si yo podía llevarlos a él y a un amigo, Donald Levitt, un cultivador de orquídeas de North Dakota, a la jungla de Borneo para observar una orquídea conocida como *Paphiopedilum* —se pronuncia "Pa-fio-pe-di-lum"— *sanderianum*. Esto me parecía un viaje muy largo solo para observar una planta que quizá no esté en flor, pero le telefoneé unos días más tarde para discutir la idea. Los recuerdos regresaron a mi mente, pensé que estos dos hombres podrían enseñarme algo acerca de las orquídeas y me ayudarían con la idea del vivero de la villa.

—"Este es el Santo Grial de las orquídeas"— explicó Richard. —"Quizá solo una docena de botánicos en la tierra la han visto florecer silvestre. Tiene a todo el mundo en confusión. Los conservacionistas, científicos y cultivadores comerciales, todos hablan sobre la planta".

¿El mundo de las orquídeas en confusión? No tenía idea qué era el mundo de las orquídeas, y mucho menos como algo puede estar en confusión o por qué me vi involucrado en otra cacería de orquídeas. Al mismo tiempo no podía distinguir una *Phalaenopsis* de una *Odontoglossum*, pero luego de docenas de visitas a Borneo durante los 18 años anteriores conocía el área aislada de la montaña que Richard y Donald querían visitar. Tenía el tiempo, el dinero, y tres meses después estaba hundido hasta los tobillos en la orilla de un río en

la jungla de Sarawak. el estado malasio al este de la isla de Borneo. Estábamos a cien millas río arriba, cien años atrás en el tiempo, y juzgando por las miradas sorprendidas como chiquillos en las caras de mis acompañantes, arribamos al paraíso de las orquídeas. Entonces el pequeño hombre con lanza apareció.

Presenté a los dos orquidófilos a mis pequeños amigos Penan: Bati y Katong. Como todos los Penan, eran maestros en la floresta espesa, y atravesé cientos de millas a través de la jungla con Bati y Katong en los diez años anteriores. Les hablé de nuestros planes con el objeto de contratarlos. El trato fue que nos llevaran a la unión de los ríos Limbang y Medalam durante la luna llena del cuarto mes de 1993.

Bati y Katong nunca habían visto una brújula, o un mapa, ni sabían sobre perros de caza, pero eso no era indispensable para usar la lanza o realizar largas travesías por la jungla.

Ellos podían construir un cobijo a prueba de agua en 20 minutos, cazar peces con los pies y hacer un fuego sin cerillos durante un aguacero tropical. La floresta es su casa. Es el escenario para la creación de sus leyendas, el lugar de descanso de sus ancestros y, más recientemente, un ilimitado almacén de comida, medicinas y material de construcción. Para el visitante occidental, la jungla de Borneo es caótica, un infierno verde humeante de sanguijuelas, insectos picadores, cocodrilos gigantes, malos olores, y muerte segura. Bati y Katong no hablan inglés, así que fue mi trabajo traducir y tratar de explicar el propósito de nuestro viaje a estos dos hombres de la jungla.

—"¿Ellos recorrieron 20,000 millas para mirar una flor?"— me preguntó Bati en malayo.

—"Es verdad"— repliqué.

—"¿Se puede comer esta flor?"— preguntó Katong.

—"No."

—"¿Es usada para medicina?"

—"No."

—"¿Qué quieren hacer con esta flor?"

—"Tomar fotografías y medir las hojas".

—"¿Y cuanto te han pagado por llevarlos a ver la flor?"

—"Cerca de \$3,500 cada uno"— le dije.

Habiendo establecido esta introducción, Bati y Katong se sumergieron en ese silencio especial de los Penan que sugiere indiferencia o despreocupación, pero que en realidad es una expresión de profunda incredulidad.

Una vez que se cargó la canoa piragua, una rápida mirada al equipaje de los cazadores de orquídeas nos decían todo lo que queríamos decir de nuestras respectivas culturas. Donald trajo un psicrómetro para medir la humedad relativa, un altímetro, papel tornasol, un sistema de posicionador global vía satélite (GPS) para establecer la latitud y longitud exacta de cualquier orquídea en el mundo con un error máximo de diez pies. ¿O fue de diez pulgadas? No recuerdo. Además está la videocámara y cámaras de fotos fijas con todos sus accesorios, un compás, grabadoras de cinta, baterías y cargadores de baterías, binoculares, balanzas electrolíticas, powerbars, bloqueadores solares, tabletas purificadoras de agua, una bomba manual para filtrar agua, seda dental, champú y acondicionadores de pelo, desodorantes, refrescadores de aliento, botas de excursionismo, ropa para campismo recién comprada y repelentes de insectos. Tenían comida seca, colchonetas y almohadas inflables, tela mosquitero, rollos de papel de baño, parches para tapar rasgaduras en las tiendas de campaña, catres de campaña de tela Cordura, una cafetera para hacer café expreso, cantimploras, trípodes, libretas, sombrillas, tazas de té de plástico y relojes de pulsera. Donald se puso un par de lentes contra el sol con cristales espejados, y después ganó el premio a la excentricidad, por el compacto envoltorio del toilet plegable hecho de trozos de cartón de camuflaje.

Los Penan traían una olla de cocina, dos cerbatanas, un carcaz de dardos envenenados y cuchillos. También traían dos mochilas vacías porque podrían necesitarlas para transportar el equipo de los cazadores de orquídeas a través de la jungla.

Nos apartamos de la orilla y continuamos nuestra travesía hacia el interior de la isla. El río Medalam estaba crecido. Lentamente navegamos en contra de la corriente, la cual traía basura con marañas de vegetación desarraigada y troncos de árboles flotando. Esparcidos a lo largo de este sinuoso corredor verde de árboles gigantes, las ramas estaban repletas de plantas con forma de cántaro y orquídeas floreciendo.

—"Dimorphorchis lowii"—gritó Donald, al tiempo que se mataba un mosquito en la frente.

Entonces Richard apuntó *Matophyllum speciosum*, *Dayakia hendersoniana*, y Gram la orquídea más grande del planeta. Continuaron pasando lista a las orquídeas de Borneo y eventualmente cayeron en una acalorada discusión que asustaron a nuestros guías Penan.

—"¡Arachnanthe!"—Espetó Donald, su cara se sonrojó con excitación.

—"Prueba que es *Dimorphorchis*, tú dinosaurio"—vociferó Richard. Este comentario desató un intercambio de tiroteo de palabras taxonómicas que terminó con un incómodo silencio. Este fue el tipo de comentarios botánicos que escuchamos durante el viaje.

—"¿Van a pelear?"—preguntó Katong.

—"No, solo están discutiendo el nombre de una flor"—le dije.

Una vez alejados, río arriba, Donald bajó sus binoculares para darle un descanso a sus ojos, y nos contó una historia de cómo un cliente disgustado (un entomólogo que había estado sintetizando el aroma de la mosca hembra de la fruta en celo) lo acusó de estar vendiendo plantas enfermas. Más aún, el hombre dejó golpeado a Donald inconsciente en su invernadero. Richard explicó cómo dos cultivadores de orquídea de California dirimieron un argumento acerca de la hibridación intergenérica con dos tubos para agua de 2 pies de largo y una ráfaga con arma de fuego. Un hombre murió. Cuando traduje estas historias para Bati y Katong, me dijeron que el cultivo de orquídeas parecía un negocio peligroso.

Por la tarde, empujamos el bote a un banco de arena y bajamos nuestro equipaje a tierra. Bati levantó un cobijo temporal hecho de hojas y cortó un árbol joven, mientras Katong se internó en la jungla en busca de comida. Regresó después de un corto tiempo con un limpio manojo envuelto de hojas de helecho "cabeza de violín" atadas en una hoja y cargadas con fruta llamada *buah nakan*. También trajo una raíz de árbol de tres pies de longitud conocido como *Tonkat Ali* (*Eurycoma longifolia*) el legendario *Bastón de Ali*. De acuerdo con Katong, un té hecho de rebanadas de raíz hacen al hombre hacer el amor cinco veces en una sola noche. —"Es más útil que una orquídea"—explicó Katong.

Dividimos la raíz para un uso posterior, y después de una cena de pescado fresco, helechos cabeza de violín ahogados, arroz al vapor, y fruta, abrimos nuestra primer botella de *tuak* (vino de arroz). Sentados cruzados de brazos para disfrutar el espectáculo de cientos de luciérnagas moviéndose a través de la oscuridad de la noche, coincidimos en que el viaje había tenido un próspero comienzo.

Esa noche, junto a la fogata, Richard describió al *Paphiopedilum sanderianum*, la orquídea zapatilla de dama tropical que estábamos buscando, y cómo el nombre común de la flor viene de la bolsita distintiva que parece una pequeña zapatilla. El género *Paphiopedilum* incluye más de ochenta especies, se encuentran desde la India a través de China hasta las Filipinas y a través del sureste de Asia e Indonesia hasta Nueva Guinea y las Islas Salomón. Muchos de los mejores hábitats de orquídeas están en Sarawak y al que nos dirigíamos era un lugar de los Penan llamado *Gunong Api* (Fire Mountain). En 1993, Fire Mountain fue accesible solo por canoa y a pie, una jornada de ida y vuelta de diez días.

Paphiopedilum sanderianum es una de las orquídeas más espectaculares y buscadas del mundo. Es una inusual planta en las que sus flores tiene dos ondulados pétalos que caen y alcanzan más de tres pies de longitud. Además de su extraordinaria vista floral, el *sanderianum* tiene una historia pintoresca. Fue descubierta

en la jungla húmeda de Sarawak por el coleccionista de plantas alemán J. Forstermann en 1885, se pensaba que estaba extinta en la naturaleza.

Richard apuntó que los expertos en orquídeas pensaban que estaba extinta en la naturaleza porque no sabían donde crecía y, porque además del gran gasto que implicaba montar una expedición, nadie contaba con el tiempo para ir a buscarla. La orquídea fue redescubierta por accidente en 1978 cuando el botánico Ivan Nielsen la encontró floreciendo cerca de Fire Mountain. Desde entonces el *sanderianum* ha sido propugnado por ciertos botánicos e instituciones botánicas como una de las rarezas más raras; una de las especies en mayor peligro de extinción en el planeta.

Cuando seguimos viajando río arriba en busca del *sanderianum* yo había olvidado el alboroto internacional que rodeaba a la orquídea; pero Richard y Donald gradualmente me informaron sobre el mezquino y vicioso mundo de las políticas sobre las plantas. Ampliamente, y (con el) como resultado de la publicidad generada por el redescubrimiento del *sanderianum*, unos cuantos coleccionistas comenzaron la búsqueda por donde la planta crecía. Hasta nuestro viaje en 1993 esto había sido un secreto cuidadosamente guardado por los lugareños, varios coleccionistas de plantas, y algunos botánicos de el Royal Botanic Gardens en Kew. Naturalmente, en la época de su redescubrimiento en 1978, otras instituciones científicas, botánicos, historiadores de plantas, y cultivadores comerciales quisieron tener la planta para su investigación y propagación artificial. Esta excitación internacional eventualmente llamó la atención de los normadores de CITES —se pronuncia "saitis"— (*Convention on International Trade in Endangered Species of Wild Fauna and Flora*) la "Convención del Comercio Internacional de Especies de Fauna y Flora en Peligro de Extinción", el cual tiene su cuartel general en Génova.

En diciembre de 1987, Henry Azadehdel, un coleccionista de orquídeas, fue arrestado en el aeropuerto de Heathrow y culpado de contrabando de orquídeas. Los diarios y revistas de Gran Bretaña y los E.U. dieron pavorosas descripciones de cómo la piratería de orquídeas y el comercio ilegal estaban llevando a la extinción de las especies de orquídeas silvestres. El concepto de contrabando de orquídeas era enteramente nuevo para mí, y seguí su versión de los eventos con gran atención y excecpticismo.

En menos de un año, el *sanderianum* fue propuesto en las asambleas de CITES como si fuera una urgencia la necesidad de protección como al panda gigante o el elefante africano. Uno de los principales problemas con esta analogía, de acuerdo con Richard, fue el simple hecho que las leyes de comercio no distinguen entre plantas y animales. La megafauna en peligro de extinción (elefantes, rinocerontes, ballenas) producen solo un vástago por año, mientras una simple cápsula de semilla de *sanderianum* puede producir cerca entre 8,000 a 10,000 semillas por año en un vivero, y una planta madura puede producir entre cinco a 20 cápsulas. Si las ballenas, elefantes y rinocerontes tuvieran este tipo de capacidad reproductiva, no habría lugar en el mundo para colocarlos a ellos o a sus productos.

En 1989, el *sanderianum* y todas las restantes especies de *Paphiopedilums* fueron colocadas en lo que se conoce como el Apéndice I de CITES, una lista oficial de las especies en mayor peligro de extinción. Hay una total prohibición en el comercio internacional de comerciar con la lista de plantas silvestres y sus partes contenidas en el Apéndice I. Esto incluye el polen, flores, cápsulas de semillas y hojas de esas plantas. La regla acerca de las partes, como se aplica a las plantas, parece extraña porque fue diseñada primeramente para proteger a los animales y frenar el comercio de partes animales como los colmillos de morsa, pieles de serpientes, marfil, dientes de ballena, penes secos de tigre, cuernos de rinoceronte y conchas de tortuga. Desde el punto de vista de la conservación de plantas, tuve curiosidad de conocer la posible conexión que puede haber entre un pene seco de tigre y una cápsula de semillas de orquídea.

—"Esto queda como un secreto cuidadosamente guardado, que los cultivadores de orquídea y botánicos han estado reflexionando por años"— dijo Richard.

Los días pasaron pesados, lánguidos, mientras nos movíamos lentamente río arriba. En la noche, nos sentamos de piernas cruzadas frente al fuego y continuamos platicando acerca del extraño mundo de la conservación de orquídeas. Una de las cosas que encontré extrañas acerca de las orquídeas en peligro de extinción fue el hecho de que *sanderianum* haya sido puesto en el apéndice I sin datos firmes que soportaran el reclamo de que la población de plantas estaba críticamente baja, y que la especie estaba en peligro. Sugerí a Richard que

esto no sonaba muy científico o lógico para proteger las especies, pero mi comentario solo reveló cuán poco conocía de las políticas de la conservación de las plantas.

—"¿La gente paga dinero por hacer leyes que protejan las flores?"— preguntó Bati, levantando la vista de su tarea de confección de dardos venenosos. La empuñadura de su cuchillo estaba hecho de fémur de un macaco de gran talla.

En el caso de *Paphiopedilum sanderianum* nadie ha conducido un escrutinio sistemático de la planta para establecer si, en efecto, está amenazada con la extinción y, si así fuera, cuál es la naturaleza de tal amenaza. Esta completa ausencia de conocimiento básico acerca de cómo la planta crece en la naturaleza, y qué condiciones necesita para prosperar, fue la razón por la que Donald y Richard decidieron encontrar el hábitat del *sanderianum*. Aprendí que esa esencial investigación científica es complicada o impedida por los tratados CITES o las leyes nacionales que no distinguen adecuadamente entre vida y muerte de las plantas. Por ejemplo, es ilegal, sin los permisos de importación y exportación, transportar incluso curtidos o secos los especímenes del herbario de orquídeas del Apéndice I a través de la mayoría de las fronteras. Richard describió como a un taxonomista alemán altamente reconocido, se le negó recientemente el permiso de importación de especímenes de orquídeas de cien años de antigüedad, porque estaban listadas en el apéndice I de CITES. El hombre trató de razonar con el oficial explicando que las reglas se debían aplicar solo a plantas vivas, pero, al final, perdió la paciencia y propinó un golpe en la cara del oficial.

—"¿Illegal mover plantas muertas de un lugar a otro?"— preguntó Katong. —"¿Por qué?"— Nuestros guías Penan estaban atónitos por esos reglamentos y yo no podía culparlos. Yo mismo estaba perplejo, y mientras más oía, más intrigado estaba con el funcionamiento interno del mundo de las orquídeas. Donald mencionó que, incluso, oficiales armados con perros de ataque agredían a los viveros de orquídeas en Europa, pero yo descarto esta historia que no es más que una historia absurda de un obsesionado fanático de las orquídeas.

Los días pasaron; cuanto más lejos viajábamos dentro de la floresta en busca de la legendaria planta, el viaje comenzaba a sentirse más y más como una búsqueda del último tesoro botánico sobre la tierra.

Los dos orquidófilos se veían deseosos de soportar cualquier cantidad de esfuerzo, dolor o incomodidad por la remota posibilidad de encontrar la planta floreciendo. Bati y Katong, por otro lado, mostraban indiferencia a la búsqueda de la orquídea, la cual ellos veían como una tonta manera de perder el tiempo. Ellos colectaban alimentos y buscaban el camino con un desenfado que ponía nervioso, especialmente a Donald, quien perdía mucho tiempo enjugándose el sudor, espantando los insectos o acomodándose su tocado de cartón camuflajeado. Cuando no estábamos remando en los remansos o transportando la canoa sobre pendientes cubiertas de lodo amarrada con lianas de rattan cortadas a lo largo y entorchados como alambre de púas, nos sentábamos alrededor del campamento a tomar té, nos colocábamos "Band-Aids" (curitas), platicábamos de orquídeas y tratábamos de explicar la vida diaria en los E.U. a nuestros guías Penan. Una tarde, Richard mostró una foto donde estaban los seis perros afganos de su esposa.

—"Son muy grandes"— Exclamó Bati —"¿Son buenos cazadores?".

—"Bueno, actualmente no cazan"— dijo Richard —"Si salieran, se ensuciarían y tendríamos que bañarlos. Los mantenemos en casa. Ellos tienen su cama propia y les damos un buen alimento para perros".

—"¿Qué es el alimento para perros?"— preguntó Bati.

Entonces Donald mostró a los Penan una foto de su invernadero cubierto con nieve. —"¿Qué es nieve?"— preguntó Katong.

Les expliqué que era como lluvia congelada que cae a la tierra por varios meses al año. Pensé que ellos entendieron esto, pero el concepto de comprar alimento para perros que no cazan, o por qué algunos escogen para vivir un lugar donde nieva, iba mas allá de su capacidad de comprensión.

Les platiqué a los dos Penan mi idea para un vivero en la villa.

Bati meditó esta posibilidad y después preguntó cuántas plantas *sanderianum* en plena madurez podían venderse en los E.U.. Cuando Richard les dijo la cifra (\$2,000-\$3,000), Bati dijo que la suma representaba más

dinero que lo que ellos ganan en toda su vida. Con esto en mente, preguntó por qué los Penan no podían coleccionar algunas orquídeas cada año para venderlas a los compradores extranjeros. Con los taladores, constructores de presas, agricultores, promotores de hoteles y constructores de caminos cercanos al área, parecía una buena idea. Desafortunadamente para los Penan y las orquídeas, como apuntó Richard, es perfectamente legal inundar el hábitat de una orquídea con una presa hidroeléctrica, medir, nivelar las laderas para un camino, construir un campo de golf en el sitio o quemar la jungla y obtener terreno para propósitos agrarios, pero el control y los reglamentos de CITES hacen extremadamente difícil, si no imposible, salvar las plantas y venderlas. Encuentro esto muy difícil de creer.

—“Si el reglamento dice que nadie puede coleccionar esas plantas, ¿qué pasará cuando los constructores de caminos, agricultores y taladores lleguen?”— preguntó Katong.

—“Las plantas morirán y los reglamentos continuarán”— dijo Richard.

Llegamos al pie de Fire Mountain en la mañana de nuestro quinto día en la jungla. En los diez años anteriores, ambos, Richard y Donald estuvieron soñando con descubrir una planta *sanderianum* floreciendo en la naturaleza, así que se sentía un sentimiento de excitación en el aire cuando comenzamos a subir la empinada cuesta. Bati y Katong hicieron un sendero a través de la vegetación con sus cuchillos, pero la subida no fue fácil a medida que ascendíamos por el bosque montañoso esparcido con un conglomerado desordenado de formaciones rocosas afiladas.

Después de una hora de jalarnos nosotros mismos cuesta arriba, agarrándonos de raíces escurridizas y rocas afiladas como vidrios, llegamos a un lugar plano. Donald checó su altímetro y mecía su psicómetro para obtener la lectura de la humedad del aire. Richard miró su compás y después indicó la dirección que íbamos a caminar. A los quince minutos de haber llegado, todo estaba medido: la humedad, la luz, el viento y el tipo de rocas donde crecía el *sanderianum*. Nos movimos al norte, a lo largo de la cara oeste de un barranco, entonces dirigimos la mirada a la vegetación que se encontraba por encima de nosotros. Por un lado, una brisa fresca se movía a través del barranco y ponía en movimiento un par de inconfundibles y ondulantes pétalos.

Hubo un momento de electrizante silencio antes de que Donald escupiera una frase que sonó como: —“¡OH DIOS MIO, DONDE DEMONIOS ESTA MI CAMARA!”.

—“Mondo...”— dijo Richard.

Ascendimos cerca de 950 pies, donde estuvimos rodeados por cientos de plantas *sanderianum*. Fue difícil movernos alrededor temiendo pisotear las orquídeas, así que permanecemos quietos por un momento saboreando el increíble espectáculo de estas originales plantas. Solo un puñado de gente sobre la tierra, en su vida, ha podido ver esto antes que nosotros.

—“AGGGGGH, ¿DONDE DEMONIOS ESTA MI MALDITA PELICULA RAPIDA?”— gritó Donald dentro de la maleta de su cámara antes de voltear todo su contenido en la tierra.

Una vez que los dos hombres se calmaron, entraron en acción, mientras Bati, Katong y yo nos sentamos extasiados por la escena de orquídeas. Los motores de las cámaras zumbaban, las hojas fueron medidas (3 pulgadas al través), las plantas maduras, plántulas y cápsulas de semillas fueron contadas, el agua de lluvia fue examinada (pH 6.3), la luz fue medida en pie candiles (2,500 a 4,000 a la sombra), y muestras de rocas (pH 7.5) y turba (pH 7.3) fueron examinadas. Cuatro horas después bajamos la montaña con las libretas llenas de datos. En el transcurso de una semana regresamos al lugar varias veces, y después continuamos más adelante para descubrir cientos de *sanderianum* en docenas de sitios diferentes. Me sorprendió cuando Richard me dijo que este tipo de investigaciones independientes, sin permiso especial del país anfitrión, también está prohibido.

Cuando Bati y Katong le preguntaron a Richard qué pasaría si alguien tomara una planta *sanderianum* y la llevara a E.U. para venderla para su propio beneficio, les dijo que la multa puede ser tan alta como \$500,000 más diez años en prisión. Entonces quisieron saber cuanto se le pagaba a la gente por ayudar a hacer dichas leyes y penalidades. Richard dijo que él sabía de un conservacionista de plantas que cobraba más de \$100,000 por año para ayudar a poner los fundamentos para esas penalidades.

—"Ah"— concluyeron —"no nos sorprende que las multas sean tan altas. De otra manera ¿cómo podrían pagar los salarios de esa persona?"

Eso no era lo correcto, pero se acercaba bastante.

Las brasas del fuego emitían una luz rojo profundo. Bati y Katong dejaron caer un respetuoso silencio sobre el campamento. Las cosas comenzaron a ser más claras para ellos, y quizá sintieron que era innecesario profundizar en una cultura donde la gente se dispara por unas flores, cría perros que no cazan, y donde maldicen por una lluvia que cae del cielo como guijarros.

Afuera, en la jungla nocturna, vi la familiar luz de una linterna. Donald estaba en los alrededores una vez más, respondiendo a otro llamado de la naturaleza. El rayo de luz eventualmente descansaba. Iluminaba lo alto de los árboles por unos minutos y después, sin aviso, volvía a la oscuridad. Oí a la distancia el susurro de las hojas y un gemido ahogado, que sonó como la caída de un tocado de cartón plegadizo. Bati y Katong se miraron uno al otro y entonces sacudieron sus cabezas. Era tiempo de regresar a casa.